

Nº 507
28
Septiembre
2021
Martes



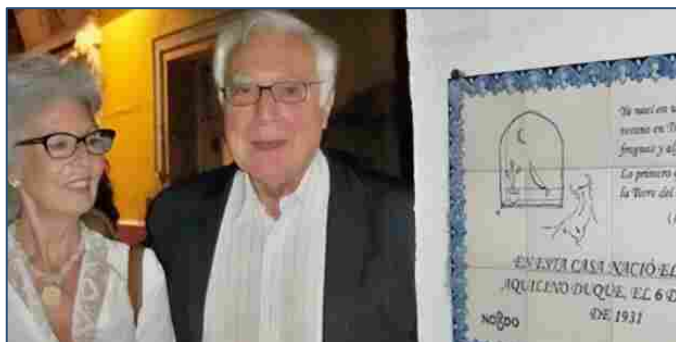
Aquilino Duque, la asombrada alegría de estar vivo

Vidal Arranz *(Aleteia)*

Muchas han sido las voces que han celebrado en los últimos días a Aquilino Duque, uno de los escritores más relevantes, y más sinceramente religiosos, del panorama literario español, fallecido recientemente, a los 90 años.

Ha habido coincidencia en resaltar su vigor literario, y su ideario conservador, que le convirtió en un outsider, o más bien un marginado de las letras españolas. También su talante vital abierto y liberal, que le permitió ser amigo de Rafael Alberti o Francisco Umbral, más allá de sus diferencias políticas.

No han faltado quienes han valorado también su condición de hombre esencialmente feliz. No tontamente feliz, ni frívolamente feliz,



sino poseedor de esa felicidad que otorga la gratitud, y que él mismo describió como «la asombrada alegría de estar vivo».

Algo menos se ha destacado, sin embargo, su condición de hombre profundamente reli-

gioso, con una religiosidad implícita, pero también explícita, que salpica sus versos y explica su actitud vital.

Una religiosidad testimoniada sin ambigüedades, algo de lo que es buen indicio el hecho de que dos de sus hijas profesen como monjas de la congregación de las Hijas del Amor Misericordioso.

«Naturalmente, existe Dios»

«En todos sus ensayos muestra Aquilino Duque una visión muy ortodoxa y piadosa, una fe profundísima y sin resquicios», asegura el también poeta Enrique García-Máiquez.

Fe de la que da también abundantes muestras en su obra poética. En *De la existencia de Dios* proclama, contundente: «Naturalmente, existe Dios». Pero es un Dios que juega con los hombres, bondadoso, para alentarlos, como una madre.

Todos sospechaban oscura, vagamente / la verdad: cómo Dios de vez en cuando / viene de incógnito a la tierra / a hacer las cosas bien y bellamente / calladamente, para que los hombres / se hagan de vez en cuando la ilusión / de que han creado la belleza.

Y es, asimismo, una fe compatible con el error y el dolor, como acredita su poema *Realidades*, en el que, pese a todas las flaquezas humanas, apuesta por la fe, la esperanza y el amor.

No es posible que todo salga bien / La vida es lucha y el pasado un cuento / contado por un tonto. / Uno acierta una vez de cada cien / y no por ser más rápido o más lento / se sale antes o se llega pronto»,

arranca el poema de Aquilino Duque.

Y continúa *Realidades*:

La gente es lo que es; no nos hagamos / con ella muchas ilusiones, / que para llamar jefes a los amos / se han inventado las revoluciones. / ¿La fe? Sí, por supuesto. / Y la esperanza. Y el amor. / Y andar por esos mundos con lo puesto, / y ser buen perdedor.



No huir del dolor

Una aceptación que le llevaba también a apreciar el valor del sufrimiento:

Tú que le huyes al dolor, escucha: / es preciso llorar de cuando en cuando; / es preciso regar el corazón / para que no se seque, como un árbol,

afirma en *Lo necesario*.

La vida le colocó, por sus propias convicciones y creencias, en el lado de los perdedores culturales, de modo que tuvo Aquilino Duque muchas oportunidades para llevar a la práctica el espíritu deportivo de que da fe en su poema. Y, si hemos de creer a quienes le trataron de cerca, lo acreditó plenamente.

Su talante liberal partía de una idea de tolerancia que aceptaba al otro tal y como era, y renunciaba a pretender cambiarlo.

De este modo resumía su posición ante la «memoria histórica»:

Yo no pretendo que el otro renuncie a lo que es, pero tampoco consiento que el otro me obligue a mí a renunciar a lo que soy, y la reconciliación consiste en que nos entendamos y nos comprendamos sin dejar de ser lo que somos.

«La provocación iba a por fuera y la emoción por dentro», opina García-Máiquez, quien resalta «la elegancia clásica de su poesía más íntima y serena», una labor lírica que ha cautivado incluso a escritores situados en sus antípodas ideológicas.

De igual modo que él no tenía reparos en mostrar su admiración por poetas como Antonio Machado, Miguel Hernández, Claudio Rodríguez o el mismísimo Alberti, de quien fue buen amigo.

Un caballero poeta

Era elegante y era un caballero a la vieja usanza, un «caballero de antaño» de los que hubieran podido batirse en duelo.

Buen ejemplo es la anécdota que cuenta el periodista Antonio Avendaño de un acto social en el que Aquilino Duque no pudo menos que reprocharle al conocido periodista Antonio Burgos su ambigüedad.

«Antonio, veo que le pones una vela a Dios y otra al Diablo», recuerdan los testigos que le dijo. Burgos se defendió con una réplica ácida que Duque consideró ofensiva y «como el caballero a la antigua que era, le asesto una doble bofetada que dejó paralizado al periodista», relata Avendaño.

Aunque tocó casi todos los géneros literarios (novela, ensayo, memorias, autor de guías de viajes, guías de naturaleza, traducción...) Aquilino Duque se consideraba sobre todo poeta y afirmaba: «De la poesía vengo y a la poesía voy».

Esa faceta lírica le granjeó premios como el Leopoldo Panero y el Fastenrath, mientras que con su primera novela, *El mono azul*, logró el Premio Nacional de Literatura. Su faceta como escritor de relatos breves fue recompensada con el Washington Irving de cuentos.

Fue, además, traductor de Anna Ajmatova, Isak Dinesen, Osip Mandelstam, Robert Louis Stevenson o Thomas Mann. Podía hacerlo por su dominio de los idiomas: se manejaba bien en ruso, portugués, alemán, francés, inglés o italiano.

Poesía religiosa

En su faceta lírica practicó con generosidad el género del villancico, que reunió en su obra *Doce días de año en año*. Pero su obra está plagada también de evocaciones de la Semana Santa.

«Porque un madero y unos clavos dicen / que nadie es libre de morir su muerte», asegura en *El cachorro en el puente*.

Y en *Jueves Santo*:

Primavera de montes de claveles, / muerte y resurrección de los sentidos, /
ser en el mundo y en la carne fieles, / ver pasar el dolor sobrecogidos.

Su visión metafísica es, al mismo tiempo, sensual, y está pegada al valor de lo que existe; no concibe el cielo como una fuga. Así se ve, por ejemplo, en *El desencanto* de Leopoldo Panero:



El pan, los ojos, la verdad, los besos / la certidumbre de llegar un día / a verle
a Dios la cara. Junto a eso / ¿qué vale todo lo demás?

En *La vita e bella* coincide también ese anhelo del más allá que no desprecia
el más acá, hasta el punto de afirmar;

¡Y la vida es tan bella! Ya que no la he perdido, / haz que ese cielo prometido
/ en el que puse mi esperanza / sea su imagen fiel y semejanza.

En *498 mártires* evoca a un grupo de religiosos asesinados en la Guerra Civil
y beatificados, y usa imágenes bíblicas para interpretar aquel dolor histórico.

En el Huerto de Olivos toda España / sudaba sangre / y era un zarzal de
espinas, / un foso, una cisterna, un muladar, / un túmulo de altares profanados,
/ un mar muerto de asfalto / rodeado de hachones como espadas flamígeras.

Fui feliz en los bancos de la escuela / feliz en el cuartel y en el colegio, / y en
aquellos veranos sin más agua / que la del pozo aquel del patio. / Si tuve
sinsabores / supe olvidarlos a debido tiempo.

* * *

La carnaza

Manuel Parra Celaya

Dice un viejo adagio político y militar: *Logra que tu enemigo haga aque-
llo que más te conviene*. Claro que el enemigo también suele conocer
esta sentencia y se las piensa bien antes de favorecer la victoria de su
adversario. En esta tesitura, entra en juego *poner carnaza*, es decir, ofrecer un
suculento cebo al que se encamine el otro ciegamente y con el que tus propios
intereses salgan favorecidos, aunque esta victoria suponga algún signo de
ingenuidad o de imbecilidad por parte de tu antagonista en la lid.

En el último extremo, si fallan tanto el dicho clásico como la carnaza ofrecida,
no es extraño que la estrategia se encamine a efectuar o a inspirar sutilmente
aquellas acciones que puedan beneficiarnos. Este es un tipo de carnaza que,



en los Estados modernos y más sofis-
ticados, corre a cuenta de los *servi-
cios de inteligencia* o de hábiles ma-
niobreros que se mueven en las tras-
tiendas del Poder; y tenemos algunos
ejemplos llamativos en la historia re-
ciente de España... Cuando se ofrece
carnaza, se justifican los propios inte-
reses y se satisface a los seguidores,
a veces, también ignorantes de la su-
til maniobra.

Me han venido a la mente estas reflexiones cuando he contemplado cómo
airean los medios oficiales y *oficiosos* la extraña abundancia de símbolos na-
cionales o, más estrictamente, falangistas en extrañas manifestaciones públi-
cas que, por sí mismas, predisponen a cualquier ciudadano a actitudes de
repulsa. En estos casos, se podría aventurar que, o bien los convocantes y
organizadores son escasamente inteligentes –siguiendo el primer supuesto

enunciado—, o bien se trata de una burda carnaza, con lo que entraríamos de pleno en los dos supuestos posteriores sin ninguna duda.

Hace algunos meses, se trató de una jovencita que, ataviada con una camisa



azul y en un supuesto acto de homenaje a la División Azul, vomitaba extrañas frases antijudías, dignas del Marqués de Gobineau o de Rosenberg. Recientemente, se ha hecho viral el espectáculo de un cortejo de jóvenes airados en el madrileño barrio de Chueca que gritaban consignas contra los homose-

xuales y *los sidosos*; remarcaban los medios —insisto: oficiales y *oficiosos*— la abundancia de «*símbolos nazis y fascistas*» y que «*se cantó el Cara al Sol*»; en las imágenes se veían banderas rojigualdas, lo que habrá puesto muy contentos, por otra parte, a los separatistas, a los cuales, en punto al racismo —explícito o implícito— y al supremacismo, nunca les ha ganado nadie.

Desconozco quiénes fueron los organizadores del *evento*, tanto los que daban la cara como los que podían estar entre bastidores, o sus *inspiradores*: En realidad, tampoco me importa mucho saberlo, y es seguro que el Sr. Marlaska pondrá en juego toda su destreza para averiguarlo, ya que entra de lleno en una de sus obsesiones, como es el llamado *delito de odio*. De todas formas, la carnaza está servida...

Lo que sí me importa es repudiar con todo mi ánimo el hecho de que los manifestantes de la extraña convocatoria madrileña cantaran el himno falangista o hicieran ostentación de simbología nacional y *azul*; no entro en lo de la de carácter nazi o fascista, pues deben ser los partidarios de estas ideologías quienes den su opinión al respecto.

Mi rechazo y mi indignación se basa en algo tan elemental como la radical incompatibilidad de estos modos y actitudes con la elegancia del *estilo* que preconizaba José Antonio Primo de Rivera, quien siempre rechazó llevar la lucha política al terreno y al nivel de lo soez, de lo chabacano, de lo grosero, especialmente cuando se refería a la dignidad de cualquier persona, aunque esta figurara entre los más contumaces adversarios de sus ideas.

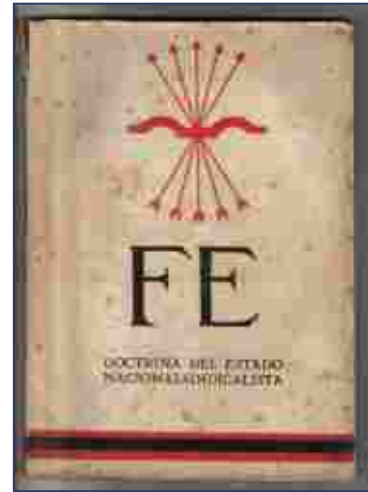
Podría aducir muchos datos históricos al respecto, pero creo que basta con aquella «*Carta a un estudiante que se queja de que FE no es duro*» (19 de abril de 1934); para quienes no conozcan el artículo al que me refiero, diré que se trata de unas líneas en que José Antonio arremete contra alguien que reclamaba más «*dureza*» en la publicación falangista *FE*; vale la pena transcribir algunos párrafos:

No te tuvo Dios en su mano cuando escribiste: «si *FE* sigue ese tono literario e intelectual, no valdrá la pena de arriesgar la vida para venderlo». Entonces, tú, que ahora formas tu espíritu en la Universidad bajo el sueño de una España mejor, ¿por qué arriesgarías con gusto la vida? ¿Por un libelo en que se llamase a Azaña invertido y ladrones a los exministros socialistas? [...] Si nos plegásemos al gusto zafio y triste de lo que nos rodea, seríamos iguales a los

demás. [...] Revuélvete contra nosotros si ves que un día descuidamos el vigor de nuestro estilo. Vela por que no se oscurezca en nuestras páginas la claridad de los contornos mentales. Pero no cedas al genio de la pereza y de la ordinariéz cuando te tiente a sugerirnos que le rindamos culto [...].

Nada, pues, puede haber de Joseantoniano o de falangista, ni siquiera de *nacional*, en estas manifestaciones espurias, por mucho que se canten el Cara al Sol o el *Viva España* de Manolo Escobar.

Evidentemente, se trata de *carnaza*, empleada en la propaganda mediática para que se horroricen los ciudadanos y se pueda montar el circo habitual; la insistencia en que «*se cantó el Cara al Sol*» tiene la clara intención, además de mezclar churras con merinas, de confundir, de desprestigiar. Por otra parte, a lo mejor creen que están propinando *lanzas a moro muerto*, lo que les resulta muy rentable para ocultar los problemas de hoy. Como Joseantoniano –y vivo, a Dios gracias–, con mi total repulsa y asco, tanto por los *ejecutores* como por los *inspiradores*, puedo asegurar que se equivocan, también en este punto, de medio a medio. Y seguro que los españoles que piensan por su cuenta estarán de acuerdo conmigo al leer estas líneas, aunque discrepen de mis ideas.



* * *

El INE y la dimensión política de Nadia Calviño

Jesús Cacho (*Vozpópuli*)

El mundo económico todavía no se ha repuesto. El martes 21 Nadia Calviño presentó con gran pompa el cuadro macroeconómico que acompaña los Presupuestos Generales del Estado (PGE) para 2022, y dos días después el Instituto Nacional de Estadística (INE) provocó una erupción volcánica similar a la que aflige a La Palma al hacer público el dato corregido del PIB del segundo trimestre del año, que para sorpresa de todos era apenas del 1,1% frente al 2,8% adelantado por el propio INE el pasado julio. Nada menos que un 1,7% de diferencia. Un escándalo sin paliativos. Porque la credibilidad del aparato estadístico del INE nunca ha estado en cuestión, con ningún Gobierno, todo el mundo se fiaba, palabra de Dios, de unas predicciones que sirven de base para elaborar estimaciones, cálculos y presupuestos varios. Y de repente, ¡zas...! Una sensación de perplejidad se adueñó esa mañana de todos los servicios de estudios, en particular, y del mundo económico, en general. ¿Está el INE siendo víctima del mismo virus sectario que ha convertido al CIS de José Félix Tezanos en un juguete roto sin la menor credibilidad?

La primera conclusión que cabe extraer del zarpazo al PIB trimestral es que el crecimiento es menos boyante de lo que se pensaba, el león no es tan fiero, por desgracia, como lo pintan, y que los desequilibrios básicos de nuestra economía siguen gravitando sobre un crecimiento que, dadas las circunstancias, teniendo en cuenta el viaje a los infiernos que experimentó la actividad

en 2020 a consecuencia de la pandemia, estaba llamado a registrar, por un simple efecto rebote, guarismos nunca vistos por estos pagos («La economía francesa crecerá este año un 6,25%, según el INSEE, su mejor guarismo desde 1973, lo que permitirá que la actividad vuelva al nivel de 2019 a finales de año», podía leerse esta semana en *Le Figaro*). El jarro de agua fría aportado por el INE permite asegurar que el crecimiento del PIB anual basculará a final de año entre un 5% y un 5,5%, lejos de las estimaciones que se habían efectuado (6,5% la propia Calviño, después de haberse contraído casi un 11% en 2020), y que el nivel de actividad de 2019 no se recuperará en España hasta finales de 2022 o principios de 2023.



La segunda conclusión es que el Gobierno ya puede ir metiéndose donde le quepa el cuadro macro que soportaba el proyecto de PGE para 2022, obligada como está Marisú Montero y sus expertos a reelaborar unas estimaciones, básicamente in-

gresos y gastos, que dependen de la variable clave del comportamiento del PIB. Doña Nadia ha quedado en evidencia, arrollada por el tren expreso que el INE ha hecho descarrilar contra unas expectativas de crecimiento que el bello Sánchez pensaba utilizar a conciencia para afianzar su condición de experto salvador del mundo («la democracia está en peligro»). Curioso lo de esta mujer en quien el mundo económico ha querido ver siempre, a la fuerza ahorcan, una especie de rompeolas del rigor contra el que debían estrellarse las «ideíllas» iliberales del único partido socialista que en la UE gobierna en coalición con los comunistas. El mundo financiero ha pensado eso, y el listo de Sánchez ha imaginado en ella a la embajadora afable, el obligado trampantojo para mantener embebido en el engaño de una falsa ortodoxia al aparato estadístico de Bruselas y en particular a esa Comisión encargada de velar por la armonización de las políticas en la Unión.

Y de justicia es reconocer el carácter amable y dialogante de una mujer que en nada se parece a las agraces Lastras y a algunos/as de los ministros/as, particularmente de Podemos, que hoy se sientan en el banco azul. Dicho lo cual, poco más que añadir en su haber. En opinión de expertos que se han batido el cobre a su lado, Calviño se defiende mal que bien en materia macroeconómica y/o financiera, con su área de especialización centrada en las políticas de competencia. La señora se ha sacado de la manga estos días un término («el PIB diario») del que nadie había oído hablar nunca, un concepto inexistente, imposible de calcular y/o contrastar. Para el caníbal Sánchez, su papel continúa centrado en seguir actuando como pararrayos ante las autoridades comunitarias y poco más. Nada cabe esperar de ella, ningún gesto de autoridad, para, en caso preciso, plantarse ante su patrón y enmendar el rumbo presupuestario de este Ejecutivo.

Cada día que pasa su carrera adquiere un creciente parecido con la de aquel Pedro Solbes cobardón que, sabiéndose la asignatura, porque este sí la sabía,

fue incapaz de decirle al mendaz Zapatero que las medidas de gasto público adoptadas tras la crisis de 2008 solo iban a ahondar la dimensión del déficit público en lugar de contribuir a un crecimiento sostenido. Y una sospecha recorre estos días los cenáculos madrileños: ¿Tiene Nadia Calviño agenda propia? Su posición se antoja complicada. A la señora se le han cerrado las puertas de esa Bruselas a la que pensaba regresar con honores. Las comisarías están todas cubiertas, y otro tanto ocurre con los puestos clave en los organismos internacionales de relumbrón. ¿Conformarse con una dirección general en la capital belga quien ha sido vicepresidenta y ministra de Economía del Gobierno de España? ¿Una dirección general de la Competencia a estas alturas? Quiere ello decir que Calviño, para quien propios y extraños preveían un futuro venturoso en el Gobierno de la Unión, no tiene más arbotante en que apoyar su figura que su condición de vicepresidenta primera del Gobierno de Sánchez, ni más futuro que seguir apalancada en el banco azul que él preside, prisionera del cepo tendido por un personaje capaz de destruir todo lo que le rodea.

¿Proyecta Calviño jugar fuerte en la política española? Sería la dimensión política de una Nadia desconocida, cuya trayectoria habrá que seguir con



interés de cara a futuras contendas electorales porque hoy no es diputada. De lo que caben pocas dudas es del riesgo que corre al vincular su futuro al de su patrón, su credibilidad contaminada por lo que con él ocurra, y a fe que no puede ocurrir nada bueno a medio plazo, porque lo contrario sería dar ya por muerto a este gran país nuestro. «Nadia hará lo que le digan que haga, avalará lo que Sánchez le diga que avale, y quien

espere algo distinto se equivoca», asegura un alto cargo de su ministerio. De momento, las cosas no pintan nada bien para ella ni para la economía española.

«La recuperación se retrasa», aseguraba Antonio Maqueda este viernes en *El País*. «La economía llegó a perder un 22% de actividad y se sitúa ahora a 8,4 puntos porcentuales del nivel prepandemia. En cambio, Alemania y Francia están a casi tres puntos de restablecer la actividad previa al coronavirus. Italia, a cuatro. Y Portugal, a cinco». Mientras el PIB de la zona euro cayó un 0,3% en el primer trimestre y subió un 2,2% en el segundo, en España se desplomó un 0,6% en el primero y remontó apenas un 1,1% en el segundo. Es decir, en el primer trimestre la economía española cayó el doble y en el segundo creció la mitad. Una recuperación débil, cuando cabía esperar un rebote vigoroso a tenor de la contracción experimentada. La inversión empresarial no tira, como ha demostrado el INE, dicen que porque las empresas están esperando a ver qué pasa con los fondos de la UE que Sánchez quiere repartir a su conveniencia, corruptelas por docenas, y el consumo privado se retrae, temerosas las familias de gastar hoy lo que podrían llegar a necesitar

mañana en un entorno político tan oscuro como el que sintetiza el inquilino de Moncloa.

Para disgusto de Sánchez, dispuesto a utilizar el rebote del PIB por palanca con la que fortalecer su deteriorada imagen, la recuperación ni puede ser franca ni duradera a tenor de las debilidades estructurales que arrastra. Una economía que sale muy debilitada de la pandemia, con un crecimiento menor del esperado, unas cifras de paro escandalosas, y un endeudamiento, público y privado, insostenible en el largo plazo. Un crecimiento financiado con deuda. Casi una década sin acometer una sola reforma de cierta importancia, a lo que se une el caldo de cultivo de un Gobierno que recela de la actividad empresarial y, en consecuencia, se dedica a poner palos en la rueda del crecimiento con la camisa de fuerza regulatoria y fiscal. Los Gobiernos no crean riqueza ni empleo. Ni los de derechas ni los de izquierdas. Los buenos Gobiernos deben centrarse en establecer las condiciones «medioambientales», tanto en términos legislativos como fiscales, sin olvidar los sociales, imprescindibles para que la actividad privada pueda emplearse a fondo en la consecución de ambos objetivos. Y este es un Gobierno enemigo de la libre



empresa y la iniciativa privada.

Por eso la recuperación puede ser apenas un fogueo de varios trimestres propulsado por el gasto público, que a mayor abundamiento financia gasto

corriente y no inversión, que rápidamente decaiga en un horizonte de estancamiento prolongado si no se hacen reformas. Y Sánchez no las va a hacer. Con el riesgo añadido de una crisis financiera que podría presentarse más allá del verano de 2023, en un país con el mayor déficit de la zona euro y las mayores tasas de paro, y con el caldo de cultivo de un endurecimiento de las políticas monetarias por parte del BCE y un aumento de los tipos de interés. Pero doña Nadia sigue erre que erre inyectando optimismo. Que esto va de maravilla, dice. Y que si en el segundo trimestre hemos crecido poco, que nos esperemos al tercero para ver cómo se dispara la cosa. Es la hasta ahora desconocida dimensión política de doña Nadia. ¿Está la señora dispuesta a jugar fuerte en la política española? ¿Sueña incluso con reemplazar un día no lejano y con el apoyo de Bruselas (atención a lo que ocurra hoy en Alemania) al propio Sánchez al frente del Gobierno, como una versión menos agraz de este PSOE echado al monte de la radicalidad que hoy conocemos?

* * *